

De su padre, ni á la bruja
Arrojar de su memoria,
En persecución del príncipe,
De los esbirros las hordas,
Cruzan las grandes ciudades,
Y las selvas montañosas.
Los teocalis escudriñan,
Y los tianguis (1) alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

(1) Las plazas del mercado.

ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pié de [verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la margen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tapias envejecidas,
Y á cuya puerta da sombra
Una secular oliva,
Tendiendo las verdes ramas
Que eterna paz simbolizan.
En ella moran tranquilos
Un anciano y una viva
Y traviesa y cariñosa
Doncella, su amor, su dicha.
Nanche se llama el anciano,
Nezahualxóchitl la niña,
Y Nanche y Nezahualxóchitl
Son dos almas y una vida;
Son una flor en su tallo,
Son, del mar en las orillas,
Una perla en su rugosa
Y áspera concha escondida.

*
*
*

Era una noche muy triste,
Y lánguida y amarilla,
Llegando al zenit la luna
Su pálida luz vertía.

La joven, como una sombra
Impalpable y fujitiva,
Por sus velados jardines
La leve planta desliza ;

Cuando de pronto el anciano
Se le aparece, y solícita
Nezahualxóchitl al verle,
Gozosa se le aproxima :

— Padre mío, ¿ á tales horas
Por estos sitios caminas,
Cuando tus ojos apenas
Distinguen la luz del día ?

Dame tu mano y revélame
Dónde vas...

— Sígueme, hija,
Nanche contesta, y torciendo
Por una calle en que ajita

Á diestra y siniestra el manto
De los arbustos, la brisa,
Llegaron á una pequeña
Esplanada do la vista

Entre tristes sempazúchiles
Y sauces mustios, divisa
De una blanca sepultura
La negra losa sombría ;

Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,
Y de sus párpados lenta

Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánimo comprimida
Es el único consuelo
De prolongadas vijilias.
Después, tendiendo una mano
Mientras que la otra fría
Y temblorosa sostiene

Su cuerpo, que ya se inclina
Á la tierra, doblegado
Por la edad y la fatiga,

Murmura con voz pausada :
— “Allí está Tiata, hija mía ;
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia ;
Creció feliz á mi lado,
Como has crecido tú misma,
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.

Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.

Huitzilfuitl, el monarca
De Tenuchtitlán, un día
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.

No puso á sus piés un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.

¡ Ay ! robómela el infame,
Robómela en hora impia,
Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.

Eternos días horribles,
Largas noches de vijilia,

Pasé sin Tiata... era Tiata,
De una vez sábelo, mi hija.
El grande rey Ixtlilxóchitl,
A quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mías;
Y en mi socorro acudiendo
Á Huitzilihuitl obliga
A devolverme el tesoro
De mi insaciable avaricia.
Tiata al hogar desolado,
Al Edén de su familia,
Tornó temblando, una tarde,
Melancólica, intranquila;
Al llegar á mi presencia
Clavó en el suelo la vista,
Y, cual un raudal, el llanto
Nubló sus negras pupilas.
Como las flores que arrastran
Los vientos por la campiña
En las noches de Atemóxtli (1),
Eternas, tristes y frías,
Así á la infelice Tiata
Miré mustia y abatida,
Blanco el color de sus labios,
Y sin sangre sus mejillas.
Lloró, lloré; el llanto nuestro
Se confundió en una misma
Corriente, cual sus dolores
Nuestras almas confundían.
Mas nada bastó; las penas
Mataron á Tiata el día
Que tú naciste, tú eres
De Huitzilihuitl la hija.
Murió el verdugo hace tiempo;

(1) Diciembre.

Allí está en polvo la víctima;
Tu madre infeliz, que goza
De Tonatiuh (1) las delicias!
Hoy que siento que mis fuerzas
Me abandonan y declinan,
Te he revelado el secreto
De mis angustias continuas.
Cuando de este mundo salga,
Ven á este sitio y cultiva
Las tristes flores que nacen
En sus desiertas orillas;
Suplan á mis oraciones
Tus oraciones sencillas;
Tu dulce llanto á las tristes
Y amargas lágrimas mías.”
Cesa la voz del anciano,
Nezahualxóchitl suspira,
Y ante la tumba cayeron
Ambos á dos de rodillas.

(1) El Sol.

ROMANCE IV

LA HOSPITALIDAD.

Está avanzada la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Va rodando en los espacios
Febe su disco de plata.

Nanche á su aposento torna,
Y las desdichas pasadas
Entrega en brazos del sueño
Que sus sentidos embarga.

Mas Nezahualxóchitl sola,
Misteriosa y desvelada,
Aún de sus vastos jardines
Por las arboledas vaga.

Acaso encierra su pecho
Alguna ignota esperanza,
Y al hondo silencio fia
Los secretos de su alma.

Acaso en leve suspiro
Que de su seno se escapa,
De los zéfiros livianos
Vuela en las flébiles alas.

Tal vez recuerda su mente
Que ha visto en una mañana,
Á la hora en que alegre y bella
En la cuna sonrosada

Confunde su luz el día
Con los crespones del alba,

Pasar una sombra errante
Entre dos verdes montañas.

Que aún mira se le figura
La imagen gentil, gallarda,
De un mancebo que corría
Y ásperas cimas trepaba,

Como el collamatl (1) que huye,
Entre breñas y entre zarzas,
Del brazo que lo persigue
Tras de la innúmera jauria;

Aún se finje que le mira
Perderse allá en lontananza,
Al través de los arbustos
Y el follaje de las ramas.

Y por el mismo sendero
Á poco ve que se lanza,
En pos de aquel fujitivo,
Un tropel de jente armada

Que corre de un lado á otro,
Que se detiene, que avanza,
Que camina irresoluta,
Que á conferenciar se pára,
Bien como duda y vacila
El ojeador que en la caza
Pierde la pista y no sabe
Dónde la fiera se guarda.

Tal sueña la pobre joven,
Intranquila y desvelada,
Que por las calles desiertas
De sus arboledas vaga.

En tanto avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aún por el espacio rueda
Febe su disco de plata.

(1) Jabali.

*
*
*

¿Qué ruido es ese? ¿Acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las hojas secas levanta?

¿Ó lo forma, por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos las ramas?

¿Ó es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?

Nezahualxóchitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.

Cuando distingue una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hacia ella
Temerosa y recatada.

¿Quién será? tiembla la joven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle; mas sólo
Unos breves pasos anda,

Cuando á su oído un acento
Llevó en sus ondas el aura :
“ Detente un punto, detente, ”
Oyó decir con voz clara.

Empero Nezahualxóchitl
Cada vez más asustada,
No camina... corre, vuela,
De su hondo pánico en alas;

En un instante se acoje
Al dintel de su morada;

Mas oye pasos, y atónita
Volviendo hacia atrás la cara,
Mira que el bulto de un hombre,
De un tilmatlí (1) entre las anchas
Plegaduras embozado,
Casi toca á sus espaldas.

Y escucha á la par confusos
Ecos de humanas pisadas,
Y de voces que no lejos
Entre la sombra se enlazan.

Entonces la joven grita,
Y á su clamor, angustiada
Contesta la voz de Nanche
Que del blando lecho salta.

— ¿Qué ocurre, hija mía?

— ¡Auxilio!

¡Venid, socorro!

— ¿Que pasa?

— ¡Padre, mirad!...

Al reflejo

De las rutilantes llamas

De una tea, que el anciano
Lleva en la mano, se pasma
Nezahualxóchitl, que súbito
Reconocen sus miradas

Á aquel mancebo gallardo
Que en la selva solitaria,
Huía por un sendero
Entre dos verdes montañas.

Y baja el rojo semblante
En tanto que Nanche exclama :

— ¿Quién eres?

— ¿Quién soy?

— ¡Tu nombre!

— ¡Nezahualcóyotl!

(1) A manera de capa que usaban los aztecas.

— ¿Te llamas
Nezahalcóyotl? ¡El hijo
Del gran monarca! Y enclava
Nanche en el rostro del príncipe
Sus pupilas dilatadas;

— ¡Ah! sí... ya te reconozco,
Tú eres mi rey; ¿qué me mandas?
— No pierdas el tiempo, ¿tiene
Una salida excusada
Esta mansión?

— Sí por cierto.
— Pues la senda me señala.
— Nezahualxóchitl la sabe;
¿Mas ese rumor...

— De Maxtla
Son las tropas, que me siguen,
¡Y soy muerto si me alcanzan!
— Pues corred, yo las espero,
Huid; aquí las aguardan
Mi lealtad, mi cariño
Y mi gratitud sin tasa;
Y que el hijo de Ixtlilxóchitl
Con los altos dioses vaya.

Calló Nanche, y en lo oscuro
Vió desvanecerse rápidas,
Del príncipe y de la joven
Las sombras, como fantasmas.

* * *

Nanche, intrépido, á la puerta
De su mansión sosegada,
Mira á las tropas reales
Que llegan desordenadas.
Brilla á la luz de la luna
El reflejo de sus armas,
Y el jefe de ellas, mirando

A Nanche que las aguarda,
Deteniéndose soberbio
Á no muy corta distancia,
Con fiero ademán altivo
De esta manera le habla :

— Á ese traidor insensato
Vimos entrar en tu casa :
Ríndete, pues, y á los míos
Enseña la puerta franca.

El rey tu señor, mi amo,
Así lo quiere y lo manda;
Paso, paso! y que se cumpla
Su voluntad soberana.

— Te equivocas, dice Nanche,
Con aterradora calma;
Antes perezca mil veces
Que permitirte la entrada.

— ¿Niegas que el príncipe infame
Tras ese muro se guarda,
Cuando con mis propios ojos
Lo he visto?

— No niego nada.

— Lo confiesas...
— En mi vida
Supe mentir.

— ¿Y qué aguardas?
— No has de entrar en este asilo.
— ¿Quieres morir?

— No me espanta
La muerte, cuando me alienta
La fe de una justa causa.
— Eres anciano...

— Mis ojos
De ver la luz ya se cansan.

— Morirás entonces.
— Y antes
Que se cumplan tus palabras,

Hollarás cien y cien veces
Mi cadáver con tus plantas.
— Adelante!...

— Atrás!...

La lucha

Desigual y sanguinaria,
Á la faz de las estrellas
En un instante se traba.

La pica del noble anciano
Hunde al primero que avanza,
La cabeza, y cae al suelo
Como una pesada masa.

Se exasperan los contrarios,
Se oyen mujidos de rabia,
Y el iztli (1) el espacio hiende
En las puntas de las lanzas.

De pronto Nanche vacila,
Se bambolea y se escapa
De su pecho hondo sollozo
Y con él envuelta su alma.

Sobre el cuerpo los esbirros
Unos tras los otros pasan,
Y los venerables restos
Aún palpitantes, ultrajan.

Á los aposentos entran;
Buscan, mas al fin no hallan
Al príncipe á quien creían
Asegurado en sus garras.

Y revolviendo furiosos,
Al campo otra vez se lanzan,
Como coyotles (2) hambrientos
En las llanuras de Anáhuac.

(1) Pedernal.

(2) Especie de chacales.

*
*

La tibia luz de la aurora
Viste al oriente de nácar,
Y á los primeros albores
De aquella dulce luz blanca,

Se ve bajar por los campos
Á una joven que ajitada
Muestra en sus ojos la dicha
Que sus tiernos labios cantan.

“ No pierde un rey poderoso,
Un rey nunca pierde nada,
Si á sus iguales adora,
Si con princesa se casa;

Y él es rey, y yo soy hija
De Huitzilíhuítl y Tiata, ”
Estos eran sus cantares,
Estas eran sus palabras.

Alegre, gentil, risueña,
La colina al fin traspasa,
Cruza sus bellos jardines
Y se detiene á la entrada

De su mansión... algo ha visto
De sombrío en lontananza;
Algo de fúnebre y triste
En las puertas y en las tapias.

Se le figura que el viento
Solloza triste si pasa,
Y que los árboles gimen
Si el aire silba en las ramas.

¿ En dónde están de su padre
Las cariñosas miradas?
¿ En dónde está la sonrisa
Que sus labios dilataba?

¿ Dónde los trémulos brazos
Que no salen á estrecharla,

Por aquella alegre puerta
Tan muda y tan solitaria?
¿Por qué ante ella se detiene,
Y tiembla y vacila, y anda
Un breve trecho y al punto
Se vuelve atrás asustada?
¡Ay! lo ignora, y decidida,
Resuelta, convulsa, pálida,
Entra, da un grito, y perdiendo
Al fin su última esperanza,
Siente un vértigo espantoso,
Siente un dolor que la mata;
Cierra sus ojos, y rueda
Por el suelo desmayada...

.....
Vió á Nanche, á Nanche tendido,
Tintas en sangre las canas,
É inmóviles las pupilas
En donde acaso aún brillaba
Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrimera lágrima.

ROMANCE V

LA EMBOSCADA

Nezahualcóyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos;
De luchar con el destino,
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, día á día,
Brazo á brazo, pecho á pecho;
De cruzar con sus dolores
Los mundanales desiertos,
En un futuro soñando,
En un pasado muriendo,
Á Tenuchtitlán potente
Vuelve los ojos, el cielo
Un rayo de luz le envía
Que calma un punto sus duelos.
Y un átomo de esperanza
Á su corazón enérgico,
Lleva una chispa que enciende
Su sangre en llamas de fuego.
Se une á Ixcóatl, monarca
Cuarto del coloso imperio,
Y con otros poderosos
Tributarios de su suelo,
Y al frente de un aguerrido,
Bravo y numeroso ejército,

Parte al fin contra el tirano
Maxtla, que en el trono excelso
No sospecha ni un instante,
No presume ni un momento,
Que en su fuerte y poderosa
Diestra, vacile su cetro.

Y ordena á Mázatl, el bravo
Jeneral de sus guerreros,
Que prepare á la defensa
La capital de su reino.

Y Mázatl la fortifica,
Lleno de vigor y aliento,
Con hondos fosos por fuera,
Con altos muros por dentro.

Y dentro y fuera con rudos
Brazos y animosos pechos
Que esperan desesperados
El instante del encuentro.

*
* *

El fulgor de un bello día,
Hermoso, puro y sereno,
Inunda con luz brillante
Murallas y campamentos.

Y quiebran la luz febea
Con vario fulgor intenso,
Los chimalis y escaupiles (1)
De aquellos jefes soberbios.

De pronto se oye sonoro
Cruzar las ondas del viento,
El eco de un tamborcillo
Que el rey Ixcóatl toca diestro,
Y acometiendo furiosas
Ambas huestes, con violento

(1) Escudos y armaduras.

Empuje, en terrible instante,
Trábase el combate horrendo.

Nezahualcóyotl que goza
Al fin, dichoso y contento
Se vuelve á Mill, su criado,
De honra y lealtad ejemplo,
Y le dice estas palabras,
Mientras esgrime altanero
El macuáhuitl que en su mano
Brilla con fulgor siniestro ;

« Ve y dile á Nezahualxóchitl
Que no la olvido un momento,
Y en mi espíritu está siempre
Su imagen que reverencio.

Que no tema, que la gloria
Coronará mis esfuerzos ;
Que los dioses van conmigo,
Que de ellos el triunfo espero. »

Dijo y lanzóse al combate
Entre el fragoroso estruendo,
Lleno el pecho de esperanza
Y henchida el alma de fuego.

*
* *

Pasóse el día luchando
Con temerario denuedo ;
El campo cubrió la guerra
De heridos mil y de muertos ;

Y cuando el sol moribundo,
Con mortecinos reflejos,
Bañaba las pardas cumbres
De los volcanes enhiestos,
Nezahualcóyotl, altivo,
De lodo y sangre cubierto,
Retiróse con los suyos
Camino del campamento.

Ya asaltan á su memoria
Los pesares de otros tiempos;
Ya de su Nezahualxóchitl
El cariñoso recuerdo;

De la lucha de aquel día,
Los peligros, los encuentros;
Y ya la muerte lamenta
De algún bravo compañero,

Cuando de súbito sale
De un bosque añoso y espeso,
Un enjambre de soldados
Que le acometen violentos.

El príncipe se defiende
Como puede en tal momento,
Fiero y á morir matando
Con sus valientes, resuelto.

Caen los suyos á tierra
En el combate sangriento;
De nada el brío les sirve,
De nada el valor supremo,

Que el numeroso enemigo,
Como un círculo de hierro,
Los aprieta y los obliga
Á perecer combatiendo.

De pronto, empero, se escucha
Rumor confuso, no lejos,
Y Nezahualcóyotl oye
La voz de Mítl, que corriendo

De su señor en socorro
Vuela al combate lijero,
Con los que á Nezahualxóchit.
De escolta y guarda sirvieron.

Rompe Mítl las dobles filas
Que á su amo ponen en riesgo
De perecer, y á su lado
Llega, de esperanza lleno.

Al frente Nezahualcóyotl

Del vigoroso refuerzo,
Recobra el ánimo, y hiere
Cuanto se pone á su encuentro.

Huye al fin á todas partes,
Por intrincados senderos,
Despavorido y sin armas,
El enemigo disperso.

Y... « ¿cómo estás á mi lado,
Valeroso Mítl, qué has hecho
De Nezahualxóchitl? » dice
El príncipe, sonriendo.

— Señor, uno de tus fieles,
Contesta Mítl al momento,
Seguro de que en la lucha
Te habrían al cabo muerto,

De la traidora sorpresa,
En los instantes primeros,
Dejó este sitio, y en busca
De socorro partió presto.

Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo —
Y Mítl la cúspide oscura
De un monte en que ya su velo

De sombras la noche tiende.
Le señaló con el dedo —

« Allí, repite, encontróme,
Y dándome de tu aprieto
La noticia, hasta este sitio
Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna
Que llegar pudiera á tiempo,

Dejando á Nezahualxóchitl
Con algunos de los nuestros;
Mas... vela allí que se acerca,
Parte, señor, á su encuentro. »